

Planta de interior

Leandro Vela

Riego la planta todos los días a las ocho y veinte.

El agua resbala por las hojas de plástico, baja por el tallo y termina en el plato azul.

Después la recojo con una esponja, seco el alféizar y marco una casilla en la hoja pegada al frigorífico.

La planta ha cumplido hasta ahora todas las expectativas, especialmente la de no morirse.

La compré al volver a casa. En la tienda había helechos, cactus y una planta carnívora encerrada en un vaso transparente. Elegí aquella porque tenía cinco tallos rectos y hojas verdes con venas amarillas. Desde cierta distancia parecía viva. De cerca también, si uno no la tocaba.

La puse en la ventana de la cocina. La luz no le hacía falta, pero yo necesitaba un lugar exacto donde encontrarla.

Mi hermana llega los jueves con una bolsa de comida. Tiene llave desde la semana en que mi madre creyó que yo podía dejarme el gas abierto. Ella también lo creyó, aunque nunca lo dijo. Entra y abre la persiana hasta arriba.

—He traído lentejas.

Deja la bolsa sobre la mesa. En el fondo asoma algo envuelto en papel transparente. Luego examina la hoja de rutinas. Hay casillas para levantarme, ducharme, salir de casa y tomar la medicación. Las de levantarme y medicarme suelen estar marcadas. Las otras dependen del día.

—Ayer no saliste.

—Fui al contenedor.

—Eso no cuenta.

—El contenedor está fuera.

No discute. Comprueba la fecha de la leche y guarda las lentejas. Antes preguntaba cómo estaba. Ahora señala los huecos.

Ve el agua en el plato azul.

—¿Se te ha caído algo?

—He regado.

Sigue mi mirada hasta la ventana. Toca una hoja con la punta de la uña. El tallo entero se mueve.

—Esto es de plástico.

—Sí.

Se queda quieta. No mira la planta, sino mi cara.

—¿Lo sabías?

Una gota baja por el tallo más largo y cae al plato.

—Claro que lo sabía.

—Entonces, ¿por qué la riegas?

Cojo la esponja y la aprieto sobre el fregadero.

—Porque está en la hoja.

Lee las casillas. Debajo de la última fila escribí CUIDAR LA PLANTA. Hay doce cruces seguidas.

—Aquí no pone que tengas que regar nada.

—Lo añadí yo.

—Podemos comprar una de verdad.

—Ya tengo esta.

Coge la maceta con las dos manos. Yo sujeto el borde antes de que la levante. Durante unos segundos tiramos cada una hacia un lado. No con fuerza. Lo justo para que las hojas tiemblen.

—No voy a tirarla —dice.

No la suelto.

—Solo quiero apartarla.

—¿Por qué?

—Porque estás regando plástico.

Al salir de la unidad de salud mental, me dieron una hoja como la del frigorífico. Levantarme a una hora fija. Abrir las persianas. Comer algo. Salir unos minutos. Elegir una tarea sencilla y repetirla. Yo elegí regar.

—Elegí cuidar la planta.

—Una planta de plástico no necesita cuidados.

—Por eso la elegí.

Mi hermana deja de tirar de la maceta.

—No te entiendo.

—Si un día no me levanto, no se muere.

Mira las doce cruces.

—Pero te has levantado.

—Doce días.

—Doce días están bien.

—Para ti.

Se sienta. Durante un rato solo se oye el motor del frigorífico.

—No sé cuándo tengo que ayudarte —dice— y cuándo tengo que dejarte en paz.

Tiene una grieta pequeña en la uña del pulgar. La frota hasta que la piel se pone blanca.

—Puedes preguntar.

—Pregunto.

—Preguntas si he desayunado.

—Porque a veces no desayunas.

—Eso no es lo mismo.

Asiente, aunque no sé si está de acuerdo.

Después vuelve a la bolsa de tela. Saca dos mandarinas, un paquete de arroz y la maceta envuelta en papel transparente. Es una albahaca pequeña. Varios tallos se inclinan hacia un lado y una hoja amarilla cuelga cerca de la tierra.

—Me la ofrecieron en la caja.

La deja en el alféizar, al lado de la otra.

—No tienes que quedártela.

Toco una hoja. Es más áspera de lo que esperaba. Al rozarla, el olor queda en mis dedos.

—La tierra está seca.

—La regamos.

Recoge la jarra, pero se la quito de la mano.

—Todavía no.

Mira primero la albahaca y luego la planta de plástico.

—Si se seca, tampoco pasa nada.

Lo dice deprisa. Después toca la hoja amarilla, pero no la arranca.

Antes de marcharse, baja la persiana hasta la mitad, exactamente como estaba cuando llegó.

—El jueves traeré pescado.

—Mejor tortilla.

—Tortilla, entonces.

Se queda junto a la puerta.

—¿Quieres que me lleve la planta?

No necesito preguntarle a cuál se refiere.

—No.

Cuando se va, permanezco en la cocina. La albahaca proyecta una sombra irregular sobre los azulejos.

Pienso en dejarla en el rellano. La vecina del segundo tiene un balcón lleno de geranios. También podría llamar a mi hermana antes de que llegue al coche o regarla de inmediato y marcar la casilla.

No hago nada.

Por la noche, cuando voy a beber, el olor de la albahaca ha llegado hasta el pasillo. Lo encuentro antes de encender la luz.

A las ocho y veinte entro en la cocina.

La hoja amarilla sigue colgando. La tierra se ha separado un poco de los bordes de la maceta.

Lleno la jarra y riego la albahaca. Echo el agua despacio, hasta que la tierra se vuelve oscura.

Al apartar la jarra, una gota cae del borde sobre una de las hojas de plástico.

Paso el paño por las demás, una por una.

Esa no la seco.